

Guerra, economía y violencia, 1808-1823

(War, economy and violence, 1808-1823)

Torre, Joseba de la
Univ. Pública de Navarra
Dpto. Economía. Campus Arrosadía
31006 Pamplona

BIBLID [1136-6834 (1998), 26; 15-22]

La guerra napoleónica provocó una grave crisis económica en las agriculturas de los territorios vascos. Financiar a los ejércitos ocupantes y a la guerrilla empobreció a las clases campesinas y sacó a la luz las contradicciones e injusticias del antiguo régimen foral. Las actitudes violentas de posguerra reflejan la conciencia de las clases más explotadas contra un modelo social y económico que rechazaban. Entre 1808 y 1823 se sentaron las bases para el tránsito al capitalismo agrario.

Palabras Clave: Economía. Crisis antiguo régimen. País Vasco.

Gudu napoleonikoak izugarrizko krisi ekonomikoa ezarri zien Euskalerriko nekazaritzei. Gerrilaren eta armada zantzaileen finantzazioek nekazarien klaseak pobrearazi zituzten neurrian, agerian geratu ziren aintzineko foru errejimeneren kontraesanak eta bidegabekeriak. Gerraondoko jarrera biolentoek klase esplotatuen kontzientzia garbiki erakusten dute, gizarte -eta ekonomi-eredu baten aurkakoa. 1808 eta 1823 bitarte, nekazal-kapitalismorako transizioaren oinarriak finkatzen dira.

Giltz-Hitzak: Ekonomia. Antzinako Erregimenaren Krisia. Euskal Herria.

La guerre napoléonienne provoca une grave crise économique dans l'agriculture des territoires basques. Financer les forces d'occupation et la guerrilla appauvrit les classes campagnardes et révéla des contradictions et des injustices de l'ancien régime foral. Les attitudes violentes de l'après-guerre reflètent la conscience des classes les plus exploitées contre un modèle social et économique qu'elle rejettent. Entre 1808 et 1823 furent jetées les bases de la transition au capitalisme agraire.

Mots Clés: Economie. Crise Ancien Régime. Pays Basque.

“No menos que otras provincias de España, experimentaron pérdidas y cercenamiento en sus bienes Navarra y las provincias vascongadas; opresas siempre y no cesando el tráfago de la guerra en su suelo, semillero fecundo de partidarios y numerosas cuadrillas. Según noticias que conservan los pueblos y los particulares, hay quien gradúa subieron a veces las cargas y exacciones a un 200 por 100 de la renta anual. Cómputo no tan exagerado como a primera vista parece, si se atiende a que sólo el señorío de Vizcaya aprontó al gobierno intruso por contribuciones ordenadas 38.729.335 reales de vellón: suma enorme y muy superior a lo usado en aquel país, no incluyéndose en las partidas otras cobranzas y derramas extraordinarias impuestas sin cuenta ni razón y antojadizamente”.

Conde de Toreno (1838: II, 279)

Cuando los colegas de la Sociedad de Estudios Vascos me pidieron que coordinase la primera sesión del ciclo sobre “Guerras civiles y violencia en Vasconia” no me di cuenta del problema en que me había metido. ¿Cómo hablar de la guerra napoleónica y las revueltas realistas estableciendo un posible punto de arranque de las manifestaciones de la violencia en la historia contemporánea del País Vasco? Y cuando digo esto me refiero a la dificultad de encontrar un hilo conductor entre la violencia de ayer y la violencia de hoy. El mismo concepto de guerra es en sí mismo distinto cuando lo que se abordan son períodos no sólo lejanos y distanciados en el tiempo, sino que cada uno de esos fenómenos bélicos responden a coordenadas históricas, sociales, políticas y económicas muy dispares. Por ello, me ceñiré a plantear los factores que definen la guerra y sus expresiones de violencia en el marco estricto de la crisis del antiguo régimen, reflexionando en torno a algunas cuestiones que, no por obvias, merecen ser de algún modo sistematizadas para evitar equívocos e intentar arrojar algo más de luz sobre el recurso a la violencia en el complejo proceso de tránsito del feudalismo desarrollado al capitalismo.

Hoy como ayer, las guerras son la expresión más brutal para resolver los problemas sociales, en las que -por definición- vence el más fuerte y en ese contexto se legitiman las expresiones más violentas. A los contemporáneos nos queda el análisis sobre sus causas y consecuencias y, en la medida de nuestras escasas posibilidades, contribuir a través de la reflexión colectiva a frenarlas, que es -imagino- para lo que pueden servir este tipo de foros.

Lo que parece estar más claro es que los hechos bélicos en las sociedades en transición -y más aun en las fases de hundimiento de las sociedades tradicionales, como la vasca de principios del siglo XIX- empujaron a una violencia desbocada en la que los hombres se encontraron “haciendo cosas que ellos saben de cierto que están mal, pero que no pueden dejar de hacer” (Hobsbawm, 1968: 301).

El razonamiento que voy a proponer es muy sencillo. En una sociedad cuyas bases económicas, políticas y sociales eran cada vez más obsoletas y, por tanto, se estaba planteando pasar de un sistema de dominación social a otro, tal ruptura no podía hacerse pacíficamente, dado los intereses en juego. Las guerras, cuando estallen, desencadenarían las fuerzas necesarias para culminar ese proceso de cambio. Someter a tal convulsión a los hombres y mujeres de los primeros decenios del Ochocientos sirvió no solamente para agudizar las arbitrariedades y las injusticias propias del feudalismo mediante la brutalidad, sino, más aún, para acentuar las contradicciones de un sistema que tenía los años contados.

Con estas razones no pretendo en ningún caso presentar la guerra y aceptarla como algo natural, sino simplemente subrayar su existencia en la lógica de pensamiento en una época histórica en la que lo que se ventilaba era el ser o no ser de la revolución burguesa, y donde las guerras actuarían de precipitante.

1. GUERRA DE OCUPACIÓN, EXACCIONES FISCALES Y RESISTENCIA POPULAR

Como en otras regiones de Europa occidental, el tránsito del feudalismo desarrollado al capitalismo se saldó en los territorios vascos en un largo ciclo de revoluciones y contrarrevoluciones, revueltas y luchas de clases en el que la guerra -como fórmula de resolver el conflicto- se instaló durante demasiado tiempo. La sociedad vasca fue, así, escenario directo de la guerra a lo largo de más de un cuarto de la centuria. Desde la perspectiva de un siglo "corto" jalonado por las guerras, el Ochocientos vasco se inauguraba en 1808 con una contienda provocada por el Imperio francés y se saldaba con la segunda carlistada en 1874, entrando ya en otro ciclo histórico. Es importante subrayar que, entre 1808 y 1833 se fueron configurando de manera borrosa las ideologías que dominaran el siglo.

En todo caso, conviene empezar por diferenciar el carácter de un conflicto impulsado a raíz de la invasión del ejército más poderoso de la época del de los conflictos de naturaleza civil. Y ello porque, desde orígenes disímiles, las respuestas y el proceso de violencia en que parece instalarse esa sociedad no podían ser idénticos.

Los desastres de una guerra de ocupación activarán actitudes de resistencia unánime que no es tal cuando las raíces del conflicto llevan a un enfrentamiento que persigue conseguir o evitar la transformación social y económica del país. No obstante, en ambas acaba imperando la lógica militar del más fuerte, pero —para empezar— entre los resistentes al invasor existe una unanimidad de combate, aunque política y socialmente representen proyectos antagónicos de sociedad. Futuros liberales moderados y exaltados, realistas y carlistas coincidirán en el campo de batalla contra el francés forjando simultáneamente sus opciones de lucha política.

Pero, más allá de esta obviedad, lo que me interesa destacar de esa experiencia histórica concreta de 1808-1814 es cómo, precisamente, nos hallamos ante una generación de hombres y mujeres forzados al uso de la fuerza y para los que la guerra concluirá constituyendo casi el único proceso de aprendizaje para resolver los enfrentamientos políticos y sociales. Así, la lucha política y social mediante la violencia se acaba asumiendo como algo natural. Y es que las guerras no sólo acostumbra a una lucha a muerte —plagada de arbitrariedades e injusticias—, sino que "enseñan a luchar a los campesinos" (Landsberger, 1978: 78) para analizar críticamente las desigualdades sociales y económicas y, asimismo, se convierten en una oportunidad más de empleo en etapas de crisis económica, coincidentes casi siempre con los conflictos armados.

Así, se forjó la primera generación vasca del Ochocientos que iba a aprender a resolver los conflictos mediante el recurso a la violencia. A nadie sorprenderá como, en tan dilatado ciclo bélico, haya un grupo social para el que la guerra se convierte en un mecanismo de ajuste laboral, de gente que vive de la violencia. Un testimonio de 1839 los sintetiza con claridad. Tras más de veinte años marcados por el conflicto armado, un burgués rural del sur de

Navarra estimaba que “las guerras han resfriado la afición al trabajo y hecho que se apodere de la juventud cierto espíritu de brigandage, que hace a gran parte de ella antes que se concluya una lucha desee que principie otra, porque en éstas come mejor y no trabaja aquel a quien la muerte no intimida”.

Del mismo modo, en los períodos de paz una de las principales preocupaciones de los poderes públicos del nuevo Estado burgués, en etapas de recesión económica, consistirá en buscar oportunidades de empleo a los jornaleros y proletarios —en la construcción de carreteras, primero, y en el ferrocarril, después— para evitar revueltas o combatir la alternativa de ser mano de obra barata para los conspiradores profesionales.

De hecho, el final de cada contienda exigía recolocar en el mercado de trabajo a esa carne de cañón, donde los méritos de guerra se trataban de canjear por un mejor horizonte económico. Sirva de ejemplo el historial de los aspirantes a una plaza de agente de aduanas tras el traslado definitivo de éstas a la costa y el Pirineo en 1841. Casi en su totalidad pertenecían a ese grupo generacional forjado en la violencia bélica sin solución de continuidad desde 1808 a 1839 (Archivo Histórico de la Administración).

Sin duda, las guerras napoleónicas impactaron sobre las economías de grandes áreas de Europa. En primer lugar, hay que recordar que la empresa napoleónica significaba exportar las reformas institucionales y las libertades revolucionarias por los ejércitos franceses a los territorios ocupados. Ahora bien, ya advirtió Robespierre que predicar la libertad no implicaría que las burguesías de las naciones ocupadas se adhiriesen a esa causa: “A los misioneros armados no los quiere nadie”. En segundo término, la expansión del Imperio repercutió en el funcionamiento del comercio internacional y -no se puede olvidar- se invadía la península ibérica para completar el Bloqueo Continental de la Inglaterra industrial y ampliar mercados; con lo que esas guerras podían cumplir el papel de estimular o frenar el crecimiento económico a medio y largo plazo.

Sin embargo, la principal consecuencia económica de las guerras napoleónicas fue el modo en que se financiaron esas operaciones militares y sus repercusiones. Fue a costa de las economías de los países ocupados como fundamentalmente se cubrió el gasto bélico. Y más aun, de aquí se derivaría ese transtorno del estado de las cosas que significó plantear en nuevos términos la persistencia del antiguo régimen. Es así como cabe hablar de guerra y revolución (Fontana, 1979: 13 y ss.).

Es la misma guerra la que hace aflorar conflictos que cuestionan en profundidad la vigencia de las viejas reglas del juego. De hecho, uno de los efectos inmediatos fue liberalizar el rígido mercado de tierra al obligar el coste del conflicto a poner en venta buena parte del patrimonio concejil y comunal de los pueblos. Y aquí el ejemplo vasco (Fernández de Pinedo, 1974; Otaegui, 1988, y De la Torre, 1991) se constituye en paradigma de que no hacía falta esperar al triunfo de la burguesía agraria para que se iniciase uno de los objetivos clave de todo proceso de tránsito al capitalismo. La lucha por la propiedad de la tierra será uno de los núcleos centrales de conflictividad y violencia.

Y es que la estrategia napoleónica en la península ibérica se desarrolló bajo el mismo modelo por el que la armada francesa ocupó y asoló Europa: a sangre y fuego, con un sometimiento brutal del país, una maquinaria represiva destinada a reducir a la gente por el terror

y explotar indiscriminadamente las economías de los territorios invadidos, por más que prometiesen instaurar las libertades burguesas y abolir el feudalismo.

Que el pueblo muy pronto tome las armas contra el ocupante fue una de las respuestas a esa violencia oficial de unos soldados que necesitaban vivir sobre el terreno y unos campesinos que no estuvieron dispuestos a que sus bienes y la propia vida fuesen liquidados por una financiación exorbitada de esas tropas. Que las exacciones militares han de ocupar un lugar de primer orden en cómo poder explicar la resistencia violenta es indiscutible. Simplemente baste recordar que, entre otras razones, las potencias europeas destronarán a Napoleón en 1814 “por haber violado su juramento y haber atentado a los derechos de los pueblos exigiendo hombres e impuestos sin atender a sus constituciones” (Fontana, 1991: 181).

Según algunos cálculos, la guerra de España se financió de un modo tan exorbitante que costó más del doble de lo que realmente hubiesen necesitado los soldados desplazados. No son exagerados los datos que proporciona el conde de Toreno del coste de la guerra en Vizcaya -38 millones de reales- si lo comparamos con los 107 millones arrancados por los franceses a los navarros, los 63 millones a los alaveses y los 51 millones a los guipuzcoanos (De la Torre, 1991: 93; Ortiz de Orruño, 1983: 80; y Mugartegui, 1990: 243). Y estas cifras no son sino un cálculo mínimo que permite calificar de respuesta antifiscal a algunas de las actitudes contra el francés, pero también contra nobles y eclesiásticos. Y es que la guerra enseñó a enfrentarse contra ese tipo de carga tributaria extraordinaria y, de paso, contra el desigual reparto de la renta que las reglas del absolutismo fijaba.

En este contexto se entiende la respuesta violenta de los invadidos con menos recursos de supervivencia. Es de sobra conocido cómo la resistencia popular en la península ibérica -encuadrada en las guerrillas- se mostró más eficaz que los ejércitos regulares de las naciones ocupadas, sorprendiendo a la maquinaria bélica napoleónica, acostumbrada a otro tipo de contienda (Clausewitz, 1987: IX).

La novedad no sólo reside en esa ruptura de los mecanismos habituales para oponerse al invasor, sino, sobre todo, en un tipo de respuesta articulada desde abajo. Las denominadas clases populares acabaron convirtiéndose en el instrumento más eficaz contra el francés. Y es que el abandono de las clases dirigentes -que sí colaboran con el invasor o con capacidad para retirarse del escenario de la guerra- fue reemplazado por unas clases campesinas que responderán con violencia a los abusos de la armada napoleónica. El paso de la agitación popular al levantamiento popular está vinculado al vacío de poder dejado por las autoridades tradicionales y a la violencia del invasor.

Baste significar que uno de los ejércitos populares más efectivos en el territorio peninsular surge en Navarra en torno a la figura de un labriego -Espoz y Mina, un mediano propietario, al que se sumará en Guipúzcoa un pastor, Jaúregui-. Espoz movilizó bajo su mando a cerca de once mil combatientes, diseminados en un espacio entre las provincias de Guipúzcoa, Alava y Navarra y el Alto Aragón, unas cifras de incorporados casi cuatro veces superior a las de las tropas realistas del Trienio (Del Río, 1987, y De la Torre, 1992).

Más allá de la estrategia guerrillera y del éxito de unas tropas irregulares de resistencia al ocupante, lo que es evidente es que buena parte de las razones hay que vincularlas a la espiral de represión y exacciones económicas a que fue sometida la gente para entender por

qué miles de campesinos dejaron sus tareas y se incorporaron a una lucha que duraría más de seis años.

Y acostumbrarse durante ese tiempo al ejercicio de la violencia convertirá a los campesinos reconvertidos en guerrilleros en un peligro social más allá de la contienda. Así se entiende que en 1814 el retorno al Antiguo Régimen signifique que la tropa insurgente sea disuelta, con el efecto no deseado de legitimar así la acción violenta contra el absolutismo por los militares del arado que habían abrazado la causa liberal tanto porque se veían injustamente postergados, como porque querían transformar una realidad injusta.

Entre franceses y guerrilleros quedaba casi inerte una masa de campesinos que fueron víctimas de ambos frentes. Aunque los ocupantes robaron y saquearon más que los insurgentes.

Si contrastamos la táctica napoleónica de 1808 y sus resultados con los planes de invasión de 1823 se comprende la validez de estas afirmaciones. Y es que las lecciones de la barbarie de 1808-1814 se proyectaron en la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823.

La intervención de Luis XVIII en España vino precedida de un informe elaborado por funcionarios franceses que habían estado en la península en 1808 y conocían las dificultades que podían encontrarse. Es más que sintomático que el primer factor que estimaron fue evitar una resistencia de la población campesina. Para ello debían buscar menos la fuerza de las bayonetas y más una severa disciplina de las tropas y la eficacia de las unidades administrativas. El ejército había de financiarse con los recursos de las provincias que recorriese, pero ahora se ponía en un primer plano la necesidad de arbitrar un sistema de sostenimientos ajustado a las necesidades reales de los soldados y en el que las requisiciones quedaban arrinconadas. Se trataba de abastecerse de recursos adquiriéndolos y pagándolos puntualmente a precios de mercado y evitando cualquier tipo de violencia. Lo contrario -enseñaba la experiencia- había provocado buena parte de la lucha antinapoleónica.

Y así se hizo: “¡Cosa desconocida! se decían los habitantes de los campos, la invasión francesa, lejos de despojarnos, siembra el oro entre nosotros; en lugar de la miseria, nos trae la riqueza” (Sánchez Mantero, 1981: 62). San Sebastián, Tolosa, Pamplona y Tudela vivieron una experiencia bien distinta a la de quince años atrás. Item más: en 1824 los franceses trataran de atajar la violencia indiscriminada del gobierno y los realistas contra todo sospecho de liberal (Fontana, 1985).

2. VIOLENCIA Y REPRESIÓN. ALGUNOS DATOS

Examinemos ahora sobre quién recayó la represión del ejército y la policía napoleónica. Ello ayudará a explicar en qué medida esa sociedad no actuó de modo homogéneo y qué clases sociales soportaron sobre sus espaldas la dinámica de guerra y violencia.

Conforme la guerrilla fue confirmándose como una realidad opositora, las represalias militares aumentaron. Así, es a partir de 1810 cuando la escalada represiva se dispara. No era exagerado el testimonio de Espoz al señalar que “apenas podía contarse una familia en la provincia que no se hallase comprometida por tener hijos o parientes” en el Corso Terrestre y

por la “poca consideración con que se trataba al país”. Las cárceles de Pamplona se llenaron con “los padres de los jóvenes que voluntariamente se presentaban a servir bajo mis órdenes”, junto a curas párrocos, alcaldes y regidores que entregaban suministros a la guerrilla y que “no podían dejar de hacerlo por las obligaciones que yo les tenía impuestas”. En suma, se reprimía las actitudes políticas, pero, asimismo, las que permitían financiar a los opositores.

Sólo en Pamplona, entre octubre de 1810 y abril de 1813 fueron confinados 3.323 navarros (Archivo General de Navarra, *Guerra*, leg. 21 c.19): 2.606 fueron liberados tras el pago de una multa, 576 fueron deportados a Francia, 76 no recobraron la libertad y peor suerte corrieron 45 ejecutados en fusilamiento y horca y los que fallecieron en prisión. Que sólo un 8,5 por ciento de los encausados poseyese el tratamiento de “don” es suficientemente expresivo sobre qué clases sociales fueron penalizadas y, a la inversa, refrenda lo que opinaba Espoz -en sus Memorias (1962)- sobre la defección de las clases dirigentes en apoyo de la resistencia: “no apareció en Navarra un hombre que, perteneciendo a las clases de títulos de mayorazgos o de riqueza (...) para levantar la bandera de reunión” —si exceptuamos los 182 curas, los 81 cargos municipales, 24 funcionarios, 14 profesiones liberales, 17 labradores y 27 artesanos; un 10 por ciento del total encarcelado más bien por no cumplir con las exacciones fiscales—. Un 21,4 por 100 fueron mujeres y casi el 8 por 100 de los pamploneses pasaron por la cárcel en esos dos años y medio.

Más brutal y drástica fue la violencia ejercida contra los cabecillas y sus familias directas: deportados a prisiones, campos de trabajo y confinamiento en ciudades de Francia, tras realizar el viaje a pie, permaneciendo en estado de semiabandono material y alimentario, sufriendo enfermedades por la desatención de las autoridades o ganándose la vida como jornaleros o en la prostitución las mujeres (“filles de troupe”). Entre 1.500 y 2.000 civiles de toda la monarquía hispana fueron deportados: entre un 24 y un 30 por ciento del total español eran navarros —cuando el viejo reino representaba no más del 2 por 100 de la población española (Nadal, 1984)—, siendo numerosos los vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos. Pero, además, sólo uno de cada tres confinados había sido reconocido culpable (Aymes 1983), lo cual mide la arbitrariedad de estas prácticas.

A partir de este fenómeno se puede arrojar algo más de luz para entender que la violencia se articulase cómo una de las respuestas habituales desde abajo.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Aymes, J.R. (1983): *La déportation sous le Premier Empire. Les espagnols en France (1808-1814)*, París.
- Clausewitz, Karl von (1987): *La campagne de 1812 en Russie*. París.
- Del Río Aldaz (1987): *Orígenes de la Primera Guerra Carlista, 1820-1823*, Pamplona.
- De la Torre, J. (1991): *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil*. Madrid.
- (1992): *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra, 1808-1820*. Leioa.

- Fernández de Pinedo, E. (1974): "La entrada de la tierra en el circuito comercial: la desamortización en Vascongadas. Planteamiento y primeras conclusiones", en J. Nadal y G. Tortella (eds.): *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*. Barcelona.
- Fontana, J. (1979): *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona.
- (1985): "Represión política y violencia civil en 1823-1833: Propuestas para una interpretación", en *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos. Actas del I Coloquio Vasco-Catalán de Historia*. Barcelona.
- (1991): *La época de las revoluciones. Historia Universal*, vol. 10. Barcelona.
- Hobsbawm, E.J. (1978): *Rebeldes primitivos*, Barcelona.
- Landsberger, H.A. (de.) (1978): *Rebelión campesina y cambio social*. Barcelona.
- Mugartegui, Y. (1990): *Hacienda y fiscalidad en Guipúzcoa durante el Antiguo Régimen (1700-1814)*. San Sebastián.
- Nadal, J. (1984): *La población española (siglos XVI a XX)*. Barcelona.
- Ortiz de Orruño (1983): *Alava durante la invasión napoleónica. Reconversión fiscal y desamortización en el término municipal de Vitoria*. Vitoria.
- Otaegui, A. (1988): *Guerra y crisis de la Hacienda local: las ventas de bienes comunales en Guipúzcoa (1793-1814)*. Tesis Doctoral, Barcelona.
- Sánchez Mantero, R. (1981): *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*. Sevilla.
- Toreno, Conde de (1838): *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*. París.